

cuyos pseudofitos son hoy bien conocidos, los Mary, echando gránulos o polvillos de sales, en ciertas soluciones, han realizado a su vez pseudo-organismos que manifiestan todos los fenómenos característicos de los verdaderos organismos, inclusive la aptitud evolutiva. Es este verdaderamente un capítulo inédito y lleno de sorpresas que viene a agregarse a la joven ciencia, ya tan vigorosa, de la Biología Sintética o Plasmogenia. Obedeciendo al excelente espíritu de síntesis que arrastra hoy a ciertos investigadores de las nuevas generaciones, el profesor Alfonso Herrera, fundador de esta ciencia recién nacida, comprende sin distinción todas las ciencias de la naturaleza en la plasmogenia, que él unifica con la Filosofía Natural.

Destruyendo todas las clasificaciones artificiales establecidas con toda paciencia por doctos latinistas y helenizadores, rompiendo para siempre los tabiques frágiles de los múltiples compartimentos científicos en donde se complacían en confinarse nuestros experimentadores, la lógica de los hechos obliga en fin a los hombres de ciencia a reconocer que no existen líneas de separación bien claras entre las ciencias de la naturaleza, que todas las ramas de los conocimientos humanos son lógicamente solidarias entre sí, que ellas deben formar un todo completo, porque el Universo mismo es un todo completo compuesto de unidades vivas por sí mismas, de unidades substanciales únicas en esencia, aunque infinitamente variables en cualidades y propiedades. En presencia de pruebas deslumbradoras, cada vez más numerosas, los experimentadores comienzan a admitir que la materia declarada arbitrariamente «no viva» no puede ser considerada como distinta de la sustancia viva organizada. Se sabe hoy que los minerales sienten, se alimentan, se desarrollan, decrecen y mueren poco más o menos como los animales. ¿No han comparado los señores Mary las contracciones de la amiba de agua dulce, vistas con el microscopio, a las que

ofrecen gotas de fucsina en silicato de potasio? Más todavía: en ciertos casos el mineral puede elevarse a la altura de un organismo vivo. Cuando se hace pasar la corriente eléctrica entre dos electrodos de platino sumergidos en agua líquida, se puede notar la formación de gránulos minúsculos que son agentes de fermentación dotados de propiedades muy análogas a las de las bacterias-fermentos (Platino Coloidal). ¿Carlos Ed. Gillaume no ha observado acaso en los metales fenómenos de sensibilidad, de voluntad, de evolutividad bien caracterizados? ¿Leduc no ha llegado a afirmar que una vulgar piedra del suelo, tocada con el dedo, responde a su contacto con una ligera dilatación?

Pero se puede ir más allá de la experiencia sensible¹ y admitir que las unidades constitutivas de los cuerpos materiales dichos simples, siendo homogéneas (es decir, teniendo volúmenes iguales con fuerzas expansivas equivalentes), vibran al unísono y que, solidarias en sus diversos estados, pueden tener ya un vago sentimiento de la unidad física de la masa de que forman parte. ¿No existe ya en la molécula química una especie de centralización psíquica, como una conciencia en estado embrionario? Tomad la molécula del agua, mucho más rica en átomos de lo que piensan los químicos, o bien la molécula de aire, ¿no son acaso organismos, células, rudimentarias ciertamente, pero ya comparables a las células protoplásmicas? ¿Y los cristales mismos, qué son? ¿Habrán que recordar las analogías tan concienzudamente establecidas por Bastian entre cristaloides y coloides? ¿El diamante, el cuarzo, los metales preciosos, el mismo radio, no son resultantes de trasmutaciones perfectamente análogas a aquellas de que es teatro la molécula orgánica?

En un folleto reciente² el profesor

¹ No nos dice el Autor por qué se puede ir más allá de la experiencia sensible para admitir esto o aquello. Habla con cierto candor que respetamos y juega a las palabras como no debieran hacerlo nunca los hombres de ciencia.—TRADUCTOR.

² Una Ciencia Nueva, la Plasmogenia.